

M. KUHEN, KANT. *Una biografía*. (Madrid, Acento 2003) 703 pp.

Fue H. Heine, el escritor con más talento del grupo llamado *das junge Deutschland*, quien en 1834 escribió una frase lapidaria que pesará como una losa sobre el futuro: “Kant no tuvo una vida ni una historia”. La indisimulada irritación que esta sentencia provocó y sigue provocando en generaciones de investigadores de los dos últimos siglos no disipa del todo la sospecha de que la reconstrucción minuciosa de la poco noticiable vida de Kant resulta irrelevante para todos los grandes temas de su filosofía y el enorme esfuerzo desplegado en el escrutinio de polvorientos archivos no queda compensado por la modestia de los resultados. Precisamente porque parece un caso extremo, Kant es probablemente la ocasión ideal para plantear un problema del gran calado teórico: cuál es el alcance de la biografía de un filósofo para la interpretación de su filosofía o, de modo más ceñido, qué espacio corresponde a las biografías en el variado continente que hoy se agrupa bajo el rótulo general de historia de la filosofía.

La opinión dominante en la tradición y en las corrientes más importantes de nuestro tiempo coincide en ser negativa: los avatares biográficos del filósofo son accesorios para la interpretación de su pensamiento pues una filosofía es importante en la medida que trasciende las circunstancias efímeras en las que surgió. ¿Será por esto que los grandes aficionados a este género son anglosajones, eso sí, separándolo tajantemente de lo que es la práctica universitaria de sus departamentos de filosofía? Poco hay que oponer al principio anterior; pero desde hace casi dos siglos los historiadores de la filosofía advierten de que se trata de un principio incompleto y unilateralmente idealista: no hay un cielo platónico del significado puro y la universalidad que reclama una filosofía sólo es real en la concretez limitada de la obra; no se trata de reducir la obra a los sucesos de la biografía, sino de inscrutar éstos en la estructura de la obra en la misma medida en que ayuden a esclarecer su significado. Lo cual crea un problema difícil: la obra es una parte esencial (a veces la única esencial) en la trama biográfica del filósofo y esa obra no se reduce a algo que se pueda describir adecuadamente con métodos externos, sino que su centro está en su contenido, algo que hace inevitable entrar en su interpretación. Así tenemos los dos extremos entre los que se han movido las biografías de los filósofos: el hilo narrativo es el desarrollo interno del pensamiento y la biografía se traduce en un estudio de la evolución filosófica, o, en caso contrario, el hilo narrativo son los sucesos en que se ve